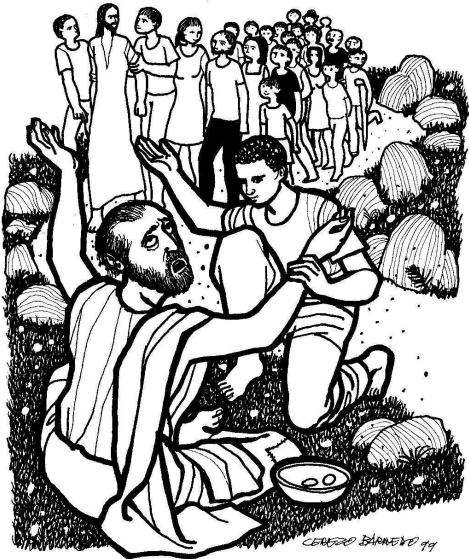


Reflexiones sobre el evangelio de Marcos 10, 46-52 (Domingo 30 del Ciclo B)



El evangelio del ciego Bartimeo me sugiere dos escenas distintas pero con un denominador común: la invitación a ver, a tener los ojos bien abiertos para observar con profundidad nuestra vida y el acontecer de Dios en la historia.

La primera escena, cuyo título podría ser “ceguera social”, tiene como protagonista la gente del pueblo al que está llegando Jesús y que regaña al ciego porque grita con fuerza para llamar la atención de tan ilustre visitante. No querían que la presencia de este indigente empañara la fiesta y dejara una mala imagen del pueblo. Esta escena me hace recordar algunas

de las cosas que solemos hacer en nuestras ciudades cuando vienen personajes de fama mundial, recuerdo, por ejemplo, alguna vez que el ex presidente de los Estados Unidos Bill Clinton visitó Cartagena de Indias en Colombia. Para que no viera a los pobres que viven en la calle y no escuchara sus gritos, las autoridades, sin ningún reparo, los metieron en un autobús y los llevaron a la ciudad vecina para que fuesen invisibles. Esta es una ceguera igual o peor que la de Bartimeo. Somos ciegos cuando no queremos ver más allá de nosotros mismos y decidimos hacer invisibles a las personas o situaciones que nos incomodan o que no nos gustan, les regañamos para que sus voces y sus lamentos no perturben nuestra calma y podamos seguir tan tranquilos disfrutando del famoso Estado de Bienestar aun sabiendo que cientos de hermanos queden tirados o muertos en su lucha por una vida con dignidad. Les queremos hacer invisibles porque su presencia denuncia que en materia de justicia no estamos haciendo bien los deberes.

La segunda escena, cuyo título podría ser “mis cegueras”, tiene como protagonistas a Bartimeo y a cada uno de nosotros. Su grito “ten compasión de mí” es escuchado por Jesús quien lo llama para que se acerque porque Jesús no es ciego, él si que es capaz de ver nuestro corazón y nuestra necesidad. Es curioso como los que antes le regañaban, me imagino que con el semblante un tanto molesto, ahora si le invitan a levantarse e ir al encuentro del Maestro. Y es que Bartimeo quiere ver, quiere salir de la noche física a la que le tiene sometido su enfermedad pero además quiere salir de la

noche de su corazón para caminar con una nueva luz por senderos de verdad, justicia, amor, etc. Nosotros, como Bartimeo, le decimos hoy al Señor que queremos ver, queremos quitar de nuestra mente y de nuestro corazón tantos velos que nos impiden ver las diferentes realidades de nuestra existencia y mirar la vida con los ojos de la compasión, de la ternura, de la misericordia. Queremos ver con la mirada de Dios.

- Queremos ver con claridad el sentido de nuestra vida... no queremos seguir enceguecidos por el consumo, por el ansia de poder y figuración.
- Queremos ver con claridad el camino que nos propone el evangelio para empeñarnos con todas nuestras fuerzas en la tarea de hacer de este mundo un mundo más humano y más fraterno; un mundo más reconciliado y más verdadero.
- Queremos ver a todas y todos los compañeros de camino. No queremos hacernos los ciegos haciendo invisibles a los que últimos. Queremos ver el rostro de Dios en los inmigrantes, en las viudas, en los huérfanos, en aquellos que las sociedades que viven bajo la luz del dinero quieren que no veamos a la vez que les va excluyendo de los bienes y servicios que son de todos.
- Queremos ver con la luz de la esperanza porque sabemos que Jesús nos sigue haciendo la pregunta ¿qué quieres que haga? Jesús no está ausente de estas horas aciagas que estamos viviendo, él está presente siempre en nuestra historia y en nuestra vida para hacernos ver y para que viendo encontremos el camino que nos conduzca a un mundo distinto, a la manera de Jesús.

Con humildad reconozcamos nuestras cegueras y digamos con Bartimeo: Ten compasión de nosotros, Señor, y haz que veamos.

Javier Castillo, sj
Director del Centro Loyola de Pamplona